

CONTAT, M., éd. (1991): *L'auteur et le manuscrit*. Paris: P.U.F., 197 pp.

No es fácil encontrar una obra que plantee los problemas cruciales de la crítica de nuestro tiempo. Y sin embargo, esta que vamos a reseñar lo hace. Porque vuelve a recapacitar sobre la importancia del autor en la génesis del texto y sobre sus problemas concomitantes, en el marco que están trazando las reflexiones finiseculares. Si la filosofía postmoderna había decretado la muerte del sujeto como identidad y, tras ella, una facción de la nueva crítica se apresuró en abolir la noción tradicional de autor, era preceptivo que poco después surgieran posturas contrarias. Una vez agotadas las hermenéuticas, las últimas décadas de esta centuria reivindican la funcionalidad autorial y, con ella, la presencia referencial tanto de las realidades evocadas como del propio devenir histórico, frente al autotelismo discursivo preconizado por anteriores corrientes críticas. La cuestión se aborda en este libro desde la experiencia teórica y práctica del manuscrito autobiográfico. En el seminario del que parte *L'auteur et le manuscrit* se comprobó con sorpresa que ninguno de los convocados estaba dispuesto a publicar su *work in progress*, su obra en proceso de composición; ya fuera por pudor, ya por orgullo, lo cierto es que la negativa indicaba la relevancia en el discurso de un referente autorial que no quiere mostrarse en paños menores y cuyo destinatario no es, en este nivel primario, sino su propio *ego* ("Le manuscrit de travail a pour destinataire le scripteur soi-même", p. 9). Con lo cual se recuperaba para el texto y por la vía autobiográfica tanto la organización cronológica racional como la coherencia e identidad del personaje, presentes en la referencia segura de la persona y vivencias de un narrador fiable.

Todo lo cual no implica que se quiera volver a los mitos culturales de la genialidad, del texto tabú o del libro fetiche. Sólo se está constatando, a decir de Contat y demás autores, que al fin y al cabo el escritor sigue estando ahí y puede salir de su rincón oscuro: "L'auteur n'est pas mort, il est devenu une idée à 'n' variables" (p. 33). Surge así una corriente de *nueva autobiografía* cuyas experiencias son de diversa índole, y que, sin someterse incondicionalmente a las leyes discursivas tradicionales, tampoco olvidan la textualidad de Ricardou: recaban a la vez la presencia del héroe tradicional y la libertad de escritura. Los hay, no obstante, que, confirmadas sus sospechas de lector con el cambio de rumbo crítico general, desconfían también de la reciente teoría; no vaya a ser, como dice Lejeune, que obedezca tan sólo a "l'air du temps qui fait lire et qui fait vendre" (p. 53): Lo bien fundado de la ironía se demuestra al constatar las licencias deontológicas de algunos autores que no han tenido reparos en desmentir la seriedad de sus declaraciones: "'Nous pouvions aller assez loin dans la direction de Ricardou [afirma Robbe-Grillet, hablando del *nouveau roman*], mais nous le

faisons toujours avec un certain humour, avec une espèce de sourire au coin" (p. 37). Después de esto no puede extrañarnos que nuestra sociedad fortifique el mito del artista sinvergüenza. Parece en definitiva que las teorías de Cerisy se hubieran basado simultáneamente en una frívola sacralización del texto y en una apología experimental de la razón; que no constituyeran, pues, más que una variante humorística de sobrenaturalismo poético, "en vérité une forme sécularisée de théologie puisque l'oeuvre équivaudrait à un univers sacré" (M. Werner, p. 148).

Varias son, por otra parte, las formas de aproximarse al texto autobiográfico. Alain Viala nos ofrece una muestra de ponderación aplicando su crítica sociológica al estudio del manuscrito (circunstancias editoriales y de publicación), en el marco de la recepción a que ha accedido esta metodología, así como a un nuevo intento de determinar, según los datos obtenidos, el estatuto social del escritor. Louis Marin se aproxima a los textos autobiográficos stendhalianos con pasos comparatistas, analizando la función que en la génesis de aquellos tienen ciertas imágenes y grabados. Michaël Werner se ocupa de reconstruir al Heine textual que forjan los manuscritos de este mismo, rebuscando en los intertextos y proyectándolos hacia datos referenciales verosímiles. Tampoco falta un análisis fenomenológico riguroso y atractivo a un tiempo, el que realiza Éric Marty para comprobar las diferencias de actitud del autor frente a las obras autobiográfica y novelesca; en Gide, en el ejemplo escogido por Marty, se comprueba en efecto cómo la ficción precisa de una *epojé* del sujeto (y de sus correlatos escriturales: tachones, cambios) que queda sin embargo excluida del diario íntimo: "L'attitude créatrice contredit l'attitude journalière" (p. 186), porque en aquella existe necesariamente la posibilidad del no ser. Y una mención especial, por lo original, merece la aportación de Jacques Roubaud: un texto curioso, divertido y heterogéneo, en el que se expone "une *déduction* de l'auteur oulipien, si une telle espèce existe" (p. 78).

En suma, el *avant-texte* nos proyecta hacia la noción de autor, hacia la referencia y hacia el siglo que viene. Quede constancia de que este libro se situó en la encrucijada de antiguas y nuevas reflexiones.

PILAR ANDRADE